

Palabras Finales

Feb. 6, 1952

DIARIO DE SESIONES

CONVENCION
CONSTITUYENTE

ción a morir junto al pueblo que ha defendido siempre las libertades de la humanidad, al pueblo norteamericano. (Aplausos.)

Sr. GARCIA MENDEZ: Señor Presidente.

Sr. PRESIDENTE: El señor Delegado.

Sr. GARCIA MENDEZ: Señor Presidente, distinguidos visitantes, queridos compañeros: Sólo dos palabras: El cansancio que sin duda os agobia, me convertiría en poco cuidadoso si yo insistiera en ahora hacer un extenso discurso. Voy sólo a decirlos que a pesar de que comenzamos con discrepancias fuertes y continuamos luego luchando con nuestras discrepancias nobles; y a pesar de que comenzamos, como diría Nervo, juntos y separados como los remos de una misma barca, a la postre, luego de haberse terminado este trabajo — que no se sabe fuera de aquí lo mucho que cansa el cerebro y lo mucho que a veces estruja el corazón — hemos terminado en forma tal: ustedes han usado de un espíritu y [actuado] con el corazón levantado, aceptando las enmiendas que para nosotros eran *sine qua non*. Y yo creo que tengo derecho a decir, saliendo sinceramente de los hornos secretos de mi corazón, que los delegados que aquí estamos reunidos en este momento trascendente para la historia de nuestro país, han realizado una labor y han terminado redactando un documento que es honra de Puerto Rico y de los puertorriqueños. (Aplausos.)

Y para terminar, frente a esa culminación victoriosa de nuestros afanes, y para que después de tantas ovaciones como ha habido justificadamente, después que hemos estado luchando de ese modo, algo venga que hace falta, con carácter no de ovación ni estruendo, ni de emoción exteriorizada, sino de silencio, que a veces el silencio es más elocuente que las más elocuentes palabras; yo pido a esta asamblea que del mismo modo en los acontecimientos más grandes de la humanidad, el silencio mirando hacia Dios ha sido el que ha rubricado las obras grandes, no con ovación, sino con el silencio de una plegaria, nos levantemos todos los que votamos a favor y hasta los tres que votaron en contra y elevemos nuestro pensamiento a Dios; para que en el silencio de esta plegaria esta Constitución toque a rebato en nuestros corazones, la podamos defender con uñas y con dientes y en definitiva nos traiga la felicidad a todos los puertorriqueños bajo el amplio palio de una amada tierra puertorriqueña.

(Se levantan todos los delegados y guardan silencio por un minuto.)

Sr. GARCIA MENDEZ: Muchas gracias, señor Presidente.

Srta. GOMEZ: Señor Presidente.

Sr. PRESIDENTE: La señorita Delegada.

Srta. GOMEZ: Me proponía pedir un turno para pedir a los delegados [que] puestos de pie pidiéramos al cielo, al Dios Todopoderoso, las bendiciones para este pueblo. Me parece que el compañero delegado Sr. García Méndez se ha adelantado, y yo aplaudo la actitud del Delegado. (Aplausos.)

Sr. FIGUEROA: Señor Presidente.

Sr. PRESIDENTE: El señor Delegado.

Sr. FIGUEROA: Señores delegados: Hoy, cuando hablaba mi distinguido amigo el Lic. Gutiérrez Franqui, hablaba de la emoción que él sentía; ahora cuando acabo de oír, que aún vibran en el ambiente de esta Convención, las últimas palabras de mi distinguido amigo y compañero García Méndez, hablando de la elocuencia del silencio en actos de la solemnidad del presente, mi corazón vibraba en simpatía y sincrónicamente se ponía con el sentir de ambos. Y digo que era así, señor Presidente y señores delegados, porque el que habla, es el único delegado en esta Convención a quien le cupo el honor y la gloria de acudir a las exequias, acudir al enterramiento de la Carta

Foraker, porque era yo entonces delegado a la Cámara y me tocó, cuando Luis Muñoz Rivera traía el Acta Jones, (aplausos) me tocó a mí, con mis compañeros de Cámara de Delegados, y entonces, de consejero del [jefe] ejecutivo, sepultar la Carta Foraker. Asimismo tuve la satisfacción de asistir al alumbramiento de la Carta Jones, y ahora tengo la mayor satisfacción de asistir, con vosotros, al nacimiento del Estado Libre para Puerto Rico. (Aplausos.)

Claro está, no sería yo sincero, no estaría diciendo la verdad, si no dijera que en este momento hay algo de negociismo [sic] en mí. Hay algo que hasta lo olvida mi mente, señor Presidente y señores delegados, y eso es consecuencia, o secuela, de la premisa que establecí anteriormente, de tener mi corazón en sincronismo con las manifestaciones de Gutiérrez Franqui cuando hablaba del estado de emotividad en que se sentía. Y siendo así, señor Presidente, sintiendo yo ese estado de emotividad, vosotros tenéis que concluir conmigo que indudablemente la palabra tiene que estar torpe, porque cuando realmente el sentimiento embarga el espíritu y conmueve todo el organismo, entonces, señores, se siente algo así como el corazón que no late. Entonces, el corazón trepida. Entonces, el corazón se sacude y deja vernos las arterias, las arterias no quieren latir, sino que quieren caminar también a saltos, mientras las venas serpentean, el cerebro como que se inunda de sangre, mientras se embota, y al mismo tiempo la laringe como que se anuda, no se articulan las palabras, pero sí se siente, señor Presidente y señores delegados, como que los ojos se nublan; y entonces, cuando es realmente la emoción la que se ha apoderado del corazón, no son las palabras la fiel interpretación de los sentimientos, sino que son las lágrimas, o bien ese silencio solemne de que hablaba mi distinguido amigo García Méndez. Y por esa razón es que yo, en este instante, siento esa emotividad que me hace en estos momentos pensar en la importancia del acto que hemos realizado y dirigiendo mi mirada hacia atrás, dirigiendo mi vista hacia el pasado, recorriendo las páginas de la historia de hace 165 años, me recuerdo que en una ocasión solemne como ésta, en un instante de altísima trascendencia patriótica como éste en que estamos nosotros congregados aquí en esta solemne Convención, en Filadelfia, se reunían 55 hombres para firmar el documento que luego se ha llamado "el evangelio de la libertad y del derecho de los pueblos"; y aquellos 55 delegados que se reunían, después de batallas, después de luchas, para llegar a un acuerdo, no fueron tan afortunados como nosotros, porque [entre] aquellos 55 hombres, entre ellos hubo 16 que estuvieron en desacuerdo, mientras que entre nosotros no ha habido más que 3 puertorriqueños que por discrepancias tal vez, de frases, de conceptos, no están confundidos con nosotros; pero estamos confundidos en que esto significa grandeza, prestigio, y gloria para el pueblo de Puerto Rico. (Aplausos.)

Esta Constitución que hemos redactado, constitución que vinimos a redactar, no como sectaristas políticos, no como hombres que desde el punto del gregarismo político-partidista, teníamos que poner por encima de todas las cosas lo que es su ideología, en conflicto con otra, sino como puertorriqueño que, claro está, teníamos que poner aquí nuestras ideas unas frente a las otras, chocando las más de las veces, pero teniendo en mente que ese choque de ideas era la idea que se ponía frente a la otra, para que cuando confligiera [sic] una con otra, surgiera luz, más luz, una luminaria hermosa que alumbrase el sendero por donde debe marchar este pueblo a la conquista de sus derechos y a la conquista de sus libertades, y por eso aquí, en más de una vez, estuvimos unos frente a otros, en desacuerdo en lo que respecta a frases o conceptos;

pero lo que sí, no tengo la menor duda — porque mi corazón no me engaña y mi corazón en este instante me está diciendo que así es — [es] que todos los 92 hombres que estábamos aquí, estábamos animados por un deseo que era el de redactar un documento como el que se ha redactado que es una gloria y un honor para el pueblo de Puerto Rico. (Aplausos.)

No hablo, por tanto, desde el campo del hombre que está ahora aliado a un partido político. Hablo con la satisfacción del puertorriqueño que hace 43 años que está en estas luchas aquí, en este parlamento, en la Comisión de Servicio Público. Cuarenta y tres años viendo desaparecer la Carta Foraker, ahora la Carta Orgánica, y teniendo la esperanza todavía de que Dios me dé vida para en algún día ver que haya otro avance para lo que signifique un logro libertario mayor para el pueblo de Puerto Rico, habida cuenta que, como ha dicho y repetido el líder del partido mayoritario, la solución que se ha aceptado, el ideal que ha triunfado en el proyecto del estado libre ni cierra caminos ni abre caminos. Luego el camino a la expresión de futuras generaciones está salvado y ahora lo que hay que pedir para terminar, señores delegados, es que Dios ilumine a los hombres del Congreso cuando este documento llegue a sus manos, para que vean en él la expresión del anhelo, del deseo transitorio del pueblo de Puerto Rico; y que Dios ilumine también a los nuestros, [a los] hijos nuestros, a los hermanos nuestros, que han de ir a referéndum a aprobar esta Constitución, timbre de honor para Puerto Rico; y que Dios también ilumine a los que luego, cuando el Congreso la apruebe, la pongan en práctica para gloria y salvación de nuestro querido pueblo. (Aplausos.)

Sr. PADRON RIVERA: Señor Presidente, señores visitantes y señores delegados. Después de haberse firmado la Constitución la delegación socialista que tengo el alto honor de presidir desea expresar que siente una profunda satisfacción por haber cumplido un deber patriótico cooperando en el deseo mutuo de todos los partidos aquí representados por el éxito de tener una constitución que encarna la conciencia de nuestro pueblo.

Representamos al Partido Socialista Puertorriqueño, fundado en el año de 1915 en la ciudad de Cayey con el propósito de crear un instrumento político de la clase trabajadora que hiciera realidad las conquistas del trabajo en la lucha contra la explotación capitalista. La filosofía social de nuestro partido no es comunista ni su credo político es independentista. Nuestro partido es un partido socialista obrero creyente en el sistema democrático americano y su táctica de lucha obrera responde al patrón de lucha obrera americana. Puerto Rico tiene su propio socialismo porque el maestro Santiago Iglesias con un gran sentido de responsabilidad, fue creando una conciencia socialista sin adelantarse al desarrollo normal de la filosofía socialista.

No somos separatistas ni somos comunistas. Aspiramos a una unión en un plano de igual dignidad con los Estados Unidos para que todo el pueblo de Puerto Rico goce del beneficio de la democracia política y de la democracia económica.

Es cierto que nuestro partido, por estar integrado por las clases pobres de la isla resulta ser el más humilde, pero es cierto también que ha sido siempre leal a los principios democráticos de gobierno y un férreo combatiente en nuestra batalla por la destrucción del sistema de gobierno colonial. Por eso, hoy nuestra conciencia socialista y puertorriqueña grita de alegría por haber consagrado en la Constitución la fecha gloriosa de la desaparición de la última hebra colonial.